Luna nueva

Para Fernando González.

S. P.

Para Milo.

C. D.

© 2007/2024, Sebastián Pedrozo
© De esta edición:
2024, Ediciones Santillana, S. A.
Juan Manuel Blanes 1132. 11200. Montevideo, Uruguay
Teléfono: 2410 7342
www.loqueleo.com/uy

ISBN: 978-9974-92-525-0
Printed in Uruguay - Impreso en Uruguay

Primera edición: marzo de 2024

Dirección editorial: Viviana Echeverría
Ilustraciones de cubierta y de interior: Clau Degliuomini
Diseño de colección y maquetación: Gabriela López Introini

Recomendado por el Ministerio de Educación de la Nación (Arg.) 2007
Segundo Premio Concurso de Cuentos Infantiles "Los niños del MERCOSUR" (Arg.) 2007

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro medio conocido o por conocer, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Cualquier niño del Norte

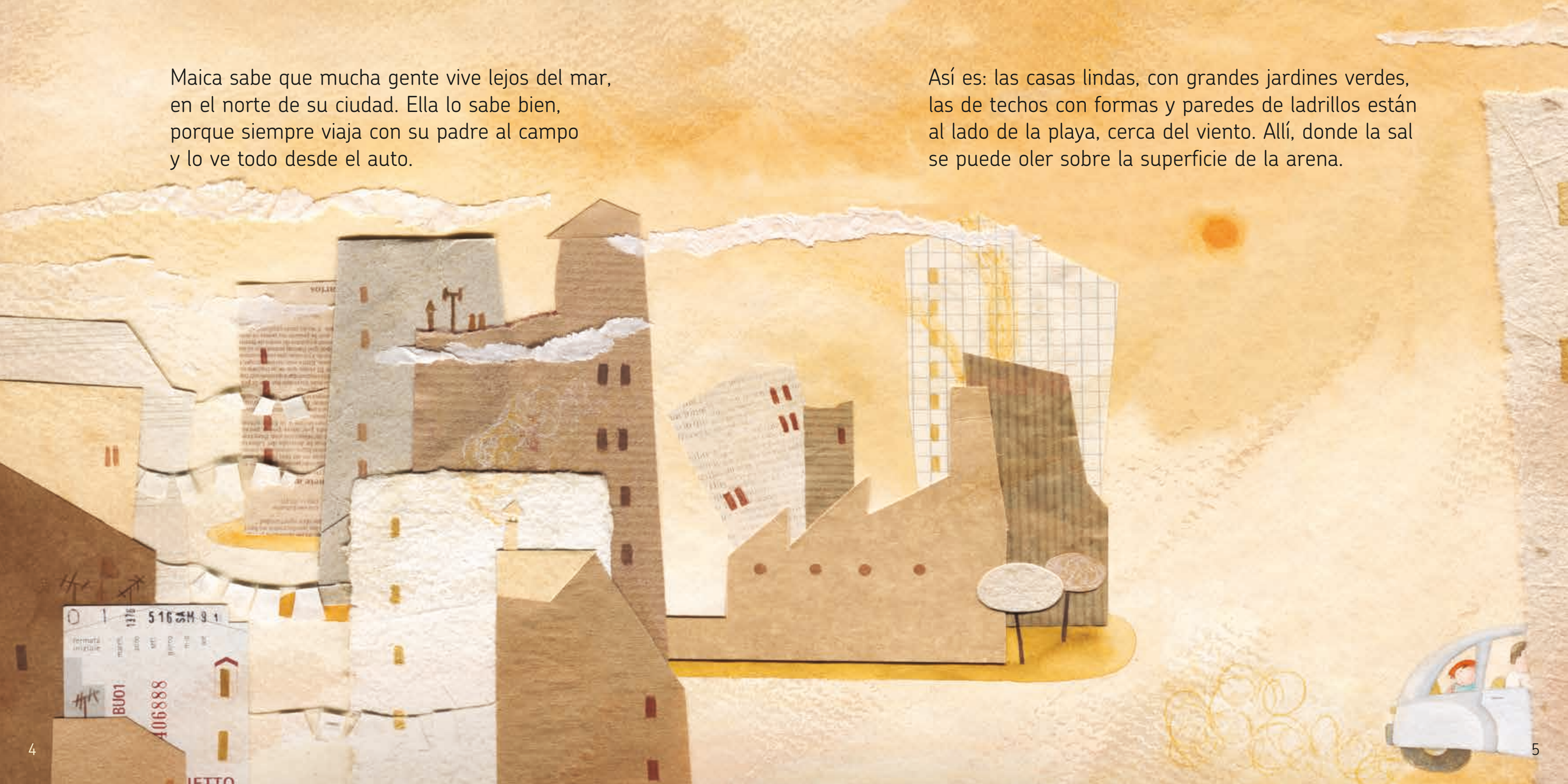
Sebastián Pedrozo
Clau Degliuomini

Luna nueva

loqueleo

Maica sabe que mucha gente vive lejos del mar, en el norte de su ciudad. Ella lo sabe bien, porque siempre viaja con su padre al campo y lo ve todo desde el auto.

Así es: las casas lindas, con grandes jardines verdes, las de techos con formas y paredes de ladrillos están al lado de la playa, cerca del viento. Allí, donde la sal se puede oler sobre la superficie de la arena.



En el norte casi no hay luz en las calles. Cuando anochece apenas se ven unos focos que parpadean y tiñen todo de amarillo: los patios, los jardines, las copas de los árboles. La vida parece más lenta.

Hay algo que se repite cada vez que Maica anda por ahí. Cuando, a las tres de la tarde, pasa por la esquina del semáforo, aquello sucede.

En la vereda ve que está el niño de siempre. Bueno, en realidad lo que ve son apenas las piernas, delgadas, con el brillo del sol en la piel. Eso, nada más, porque el niño se escabulle rápidamente dentro de una caja grande de cartón que está al lado de una columna.

Maica se inventa un nombre, dos, tres, pero no elige ninguno, puede ser cualquiera.

Si pudiese ver más.

También piensa en su rostro, en sus ojos.

Quizás tenga la mirada triste como su propio padre, que para Maica, desde que su madre no está, son ojos de despedida, ojos de querer ser feliz. Hace rato que Maica está preocupada por su papá. A veces, a él se le da por gritar un poco, a veces por no hablar, a veces se encierra en el cuarto, otras, habla muy rápido y eso la pone nerviosa.

Luz roja. El padre frena en la misma esquina.

Sí, ahí está. Lo ve. Una vez más los pies de talones grises que asoman fuera de su casa de cartón. Casa rodeada de papeles que la gente tira al pasar. Tiene un jardín de piedras al frente. Esas piedras, lejos del mar, tienen puntas filosas, no como las de la arena, que son redondeadas, de tanta agua y viento que las hace girar y girar.